

EN LA CIUDAD DE LOS MUERTOS

José María Latorre, *En la ciudad de los muertos*, Valdemar, Madrid, 2011. 248 págs.

¿Es *En la ciudad de los muertos* una simple novela de terror o algo que va más allá del género? Por otra parte, ¿por qué hay que ir *más allá del género*, si precisamente los códigos que lo sustentan también pueden dar lugar no tanto a un plus de sentido como al pleno goce del pensamiento, de todo eso que florece en la cabeza cuando un libro como éste empieza a desplegarse, a manifestarse en múltiples direcciones? Se trata del gran debate, del debate de siempre, que no acaba de clarificarse y que un autor como José María Latorre intenta alimentar texto a texto, relato a relato, en un laborioso trabajo de construcción de una gran arquitectura que por ahora consta ya de más de treinta obras, en su conjunto fundamentales para la historia de la siempre renqueante literatura española. Su estilo, en apariencia de una inusitada transparencia expresiva, esconde pliegues secretos y misteriosos, donde residen otras historias, desvíos donde el lector puede perderse para no regresar, puntos de fuga a partir de los cuales todo revive, vuelve a empezar. Y de ahí la complejidad de su literatura, donde una simple oración puede llevarnos a muchos mundos posibles.

En la ciudad de los muertos se convierte, a partir de todo eso, en otra de sus grandes novelas. Una madre, un hijo, un pueblo fantasma y un aristócrata que lo domina bastan para crear toda una cosmogonía que se retuerce por laberintos a veces sin salida. Pues la imaginería tradicional en la obra de Latorre, como en tantas otras de sus novelas anteriores –pienso ahora en *Visita de tinieblas* (2008) o, en otro sentido, en *Fragmentos de eternidad* (2007)--, no sirve únicamente para crear atmósferas, dosificar el suspense o introducir al lector en un universo alucinado, sino también para dejar al descubierto las vísceras de su construcción. Dicho de otro modo, un pasadizo siniestro o una mazmorra abandonada, un caserón en sombras o un cementerio neblinoso, no son únicamente, en su caso, el escenario de una vertiginosa ascensión hacia el horror. Son, sobre todo, los paisajes mentales de una reflexión existencial siempre cruel y desolada. Y *En la ciudad de los muertos* cuenta con tres grandes líneas maestras para desarrollar esa visión del mundo, tres directrices puramente literarias --quiero decir, que utilizan las herramientas más genuinas de la literatura-- para conducir del mundo sensible al mundo de las ideas: el punto de vista, la duplicidad del relato y su progresiva abstracción.

En efecto, *En la ciudad de los muertos* no parte de la voz de un narrador –la primera persona es una técnica habitual en la obra de Latorre, como si quisiera él mismo, también, desdoblarse en autor que cuenta algo que el protagonista narra--, sino de una narradora. Esta técnica no es nueva en sus novelas –sin ir más lejos, la anterior, *Pájaro veneciano* (2010), la utilizaba igualmente--, pero aquí alcanza una energía especial, como si cada acontecimiento que refiere la narradora fuera como una herida más en su cuerpo progresivamente mancillado, como si la escritura no sirviera para curar, sino para matar, en la estela de Maurice Blanchot. ¿Por qué ocurre eso? Porque estamos hablando de la maternidad, de la madre que cuenta la historia de una pérdida, la pérdida de su hijo, y una pérdida que no finaliza en la muerte –acaecida muy pronto, en el capítulo II--, sino que va más allá, extendiendo el sufrimiento de lo vivido y de lo escrito. La madre de Marko lo verá desaparecer en la ciudad fantasmagórica de Mirosczavá, pero a la vez su presencia espectral la perseguirá durante el resto del relato, durante su larga y penosa lucha contra Koltái, el responsable de todo eso.

El cuento de vampiros se convierte entonces en relato sobre la vida que se esfuma, sobre la vida que desaparece, y esa “ciudad de los muertos” del título toma poco a poco la forma de nuestro entorno cotidiano: los lugares perdidos en su propio estupor, los ambientes solitarios e inquietantes, son como reflejos de un universo de muertos vivientes muy presente en la cultura contemporánea y que toma la figura del zombie como espejo. Por ello, Latorre está hablando del mundo como tal, pero sobre todo del mundo tal y como es percibido por quienes lo habitan, y por lo tanto de una mirada glauca que se vuelve constantemente contra sí misma, que se cree viva cuando ya está muerta. Y en ese contexto, el duelo por la muerte de un niño se transforma en un vía crucis espiritual que es, a la vez, un camino de perfección y un modo de autodestrucción. De esta manera, la narradora no se enfrentará a Koltái tanto por vengar a su hijo, o para liberar la ciudad, como para encontrar el mismo destino que todos ellos. No se puede estar vivo en un mundo de cadáveres.

El duelo, la revelación del mundo como vacío, la persecución de y por los fantasmas, la búsqueda de la muerte... Marko es a la vez una presencia y una ausencia, lo cual es todavía más doloroso para su madre. ¿Cómo conseguir desembarazarse de eso? Aniquilándolo todo para que nada pueda resurgir. He ahí el gesto nihilista por naturaleza, la destrucción del propio yo hasta que el mundo se convierte en pura abstracción flotante, como sucede en Jean Améry, con quien Latorre tiene no pocos puntos de contacto. A medida que avanza, *En la ciudad de los muertos* aniquila poco a poco la percepción del tiempo, obliga al lector a vivir en un universo sin tiempo donde resulta insostenible desempeñarse, averiguar qué ocurre, luchar contra el mal que puede estar agazapado en uno mismo. Cuando el tiempo se suspende, el mundo deja ver su faz más real. Y si Bergson decía que la memoria es independiente del cuerpo, porque es tiempo puro y abstracto, entonces la novela de Latorre es la mejor ilustración posible de ese vacío que no deja de atormentarnos. Pues la narradora, en el acto memorístico que supone contar su propia experiencia, se vacía de sí y vacía el universo, hasta dejar sólo la huella de unas palabras. Para José María Latorre, la literatura es ese acto de vaciado. Para José María Latorre, la literatura es una peripecia terrorífica, y por lo

tanto habla de su oficio, y de su sentido en la actualidad, mientras nos cuenta esta historia. Sinceramente, no creo que la novela española esté acostumbrada a tales osadías. Y por eso sería un error por nuestra parte ignorarlas.

Carlos Losilla